

REVISTA DE MÁLAGA.

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES.

DIRECTOR-PROPIETARIO,
ENRIQUE DE RIVAS.

SUMARIO.

- I.—¿La Luna tiene atmosfera? (Conclusion.)—Por D. JOSÉ ECHEGARAY.
- II.—El Cónjuro de la langosta en el siglo XVII.—Por A. PAZ Y MELIA.
- III.—A LA PATRIA, con motivo de la terminacion de la Guerra Civil, (poesía).—Por D. V. W. QUEROL.
- IV.—Clary, novela inglesa.—Por B. D' ARNAUD.
- V.—Miscelánea.

AÑO III.—TOMO VI.
15 DE ABRIL DE 1878.
NÚMERO 30.

MÁLAGA
—
IMPRENTA DE LA REVISTA DE MÁLAGA,
PLAZUELA DEL CISTER, NÚM. 9.
1878.



REVISTA DE MALAGA.

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES.

SUS TRABAJOS VERSARÁN

SOBRE HISTORIA, FILOSOFÍA LITERATURA, VIAJES, CIENCIAS Y
BELLAS ARTES.

Director propietario,

ENRIQUE DE RIVAS.

CONOCIMIENTOS DE ASTRONOMÍA.

¿LA LUNA TIENE ATMÓSFERA?

(Conclusion.)

III.

III. *Por la ocultacion de estrellas al nivel de las llanuras lunares.*—La luna no tiene atmósfera en sus altas regiones: hé aquí la consecuencia á que hemos llegado con grandes probabilidades de acierto; ¿pero no tendrá atmósfera en lo que podemos llamar las bajas tierras? Tal es la nueva duda

que ocurre, y la nueva afirmacion de los que, á todo trance, quieren dotar á nuestro satélite de la misma elástica y móvil envolvente de que goza nuestro globo, y á la que debe, porque sin ella no existirían, su rico manto de verdura, la vida que lo anima y el ser espiritual que lo ennoblece.

Para resolver este nuevo problema puede acudirse al método desarrollado en el artículo anterior: basta estudiar la ocultacion de las estrellas, no hácia las regiones montañosas, sino al nivel de las llanuras, en los puntos bajos del contorno lunar, en las depresiones ó puertos de sus cordilleras; es decir, que basta aplicar á las regiones inferiores el mismo principio, los mismos procedimientos, y, en una palabra, la misma idea, que para explorar las regiones elevadas nos ha servido. Y sin embargo, desde que Cuppís llamó la atencion de los astrónomos sobre este punto, diez y seis años han pasado, y ninguna observacion terminante se ha hecho: queda, pues, en pié la misma duda, aunque á decir verdad todo tienda á inclinar el ánimo á la negacion.

IV. *Por las rayas del espectro.*—Recogiendo la luz de una estrella cualquiera y haciéndola pasar al través de un prisma, se obtiene una especie de *arco-iris*, lo que en Física se llama un *espectro luminoso*; y en este espectro se notan *ciertas rayas* fijas, determinadas, invariables, que dependen de las sustancias que actualmente arden en aquel lejano astro. Ahora bien, si este rayo de luz, antes de llegar á la tierra, atraviesa una masa gaseosa, la experiencia demuestra que el *sistema de rayas*, propio y distintivo del espectro en cuestion, se *altera*, luego, recíprocamente, toda alteracion espectral será prueba cierta de una atmósfera.

Y bien, ¿al aproximarse la estrella del experimento al borde de la luna; al rozar, digámoslo así, sus rayos con nuestro satélite, ¿se alteran por ventura las rayas del iris estelar? No: jamás fenómeno alguno de este género se ha observado; luego no existe atmósfera, al ménos en las altas regiones de la luna: y hé aquí otra prueba más, y otra nueva esperanza defraudada para los que á toda costa quisieran que allá hubiese aire y vida.

V. *Por los eclipses de sol.*—La refraccion debida á la atmósfera lunar, si existiese, se manifestaría, á no dudarlo, en los eclipses de sol, ya totales, ya anulares; y en verdad que ciertos fenómenos estudiados por Baily, como tambien la forma truncada y redonda de las puntas de la lúnula solar, circunstancias observadas por Laussedat en el eclipse de 1860, parecen testificar la existencia de una masa gaseosa en aquellas regiones; pero falta saber si no hay otra explicacion para tales fenómenos ópticos, de suyo vagos y fugaces y susceptibles de múltiples interpretaciones.

VI. *Por los crepúsculos lunares.*—A la distancia relativamente pequeña á que nos hallamos de la luna, distancia tal, que podemos percibir la claridad que en la parte sombría del astro esparce la luz del sol reflejada en la tierra, y á que se llama luna cenicienta, claro es que los crepúsculos de este ultimo astro debieran ser visibles desde nuestro globo. La línea de separacion entre la sombra y la luz en nuestro satélite, en lugar de ser dura y cortada, se perdería, si allá existiera una masa gaseosa, en una suavísima penumbra, tránsito gradual y continuo del esplendor del sol á la sombra de la noche, desvanecimiento de tintas en que la luz, gracias al poder dispersivo de la atmósfera, iría perdiéndose poco á poco.

Ahora bien; la observacion señala, sí, desigualdades en la sombra; dientes y picos y discontinuidades de todo género, que marcan y casi dibujan los grandes desniveles de aquel suelo montañoso y fuertemente accidentado; pero nada más. Tan solo Schröter *creyó ver* un crepúsculo lunar; ¿pero cómo no se ha repetido observacion tan interesante y decisiva? Y por otra parte, el sábio profesor ¡ha visto tantas cosas! ¡y es tan peligroso darse á soñar con lunáticos! Tambien vió grandes obras de arte, inmensos canales de navegacion y de riego, y todo ello ha resultado ser visiones que el deseo evoca, no realidades que la ciencia, fria y desapasionadamente demuestra. Sea de ello lo que fuere, dicho autor dá por cierto el hecho, y de él deduce que la luna tiene una atmósfera de 450 metros de espesor sobre el nivel medio de las llanuras.

Aun aceptando dicha conclusion, ¡pobre atmósfera es esta! A poco que una de nuestras grandes construcciones, trasladada á la luna y asentada sobre alguna colina se prolongase, sacaria la cabeza por encima de aquel miserable océano atmosférico, cuyo oleaje batiria impotente la base de las altas montañas, y al que tantos gigantes volcánicos de 6.000 y 7.000 metros mirarian con desden desde la region vacía en que se alzan.

VII. *Por las sombras arrojadas.*—Lo que hemos dicho de los crepúsculos, podemos decir de las sombras arrojadas: donde hay atmósfera nunca son duras é interrumpidas. El aire refleja la luz en mil distintas direcciones, la dispersa en todos sentidos, la lleva á todos los cuerpos, todo lo ilumina y aclara, y es, por decirlo así, un reflector universal. Donde, á seguir los rayos luminosos su direccion rectilínea no podrian llegar, rotos y divididos y dispersos llegan, y de aquí el que veamos lo que hay en la sombra, de aquí las penumbras y las medias tintas y todas las maravillas de la perspectiva aérea.

Pues bien; cuando se observan en la luna las sombras arrojadas por los altos picos, por las barreras de sus cráteres, y en general por las partes montañosas, se vé que dichas sombras son *igualmente oscuras* y acentuadas en toda su inmensa extension: tan negras en la base como en la extremidad: sin medias tintas, ni penumbras, ni gradacion alguna que indique la interposicion de capas gaseosas de densidad decreciente.

Tenemos ya otra prueba más contra la existencia de una atmósfera, y son tantas y tan fuertes, que casi no es lícita la duda; sin embargo, seámos permitido presentar *otra hipótesis más*, y con ella concluiremos esta larguísima y fatigosa enumeracion.

Ya que en la parte visible de la luna no haya atmósfera, ni líquidos, ni vegetacion, ni vida animal, ¿podrá existir todo esto en la parte oculta del astro, en ese otro hemisferio jamás visto por hombre alguno?

Los hay que, amigos de lo extraño y maravilloso, suponen que la atmósfera se ha reunido en el hemisferio opuesto á la

tierra, en virtud de la fuerza centrífuga, y que allí por lo tanto es posible la existencia orgánica; pero esta hipótesis es completamente gratuita, en parte desvanecida por los hechos mismos y sin fundamento válido que le sirva de base. Nótese, en efecto, que no todo el hemisferio opuesto nos es desconocido: gracias á ciertos movimientos de la luna, que es inútil explicar ahora, y á la gran diferencia de dimensiones entre ella y la tierra, ha sido posible explorar una buena parte de dicho hemisferio. Así de los 19 millones de kilómetros cuadrados que componen su extension, 3 millones nos son conocidos, y en nada difieren de las regiones centrales: el mismo terreno áspero y fuertemente accidentado, los mismos cráteres y circos, las mismas sombras duras y cortadas: si pues en la luna hay alguna feliz region reservada á la vegetacion y á la vida, oasis de aquel desierto, muy pequeña debe ser y muy oculta debe estar. No pronunciemos la palabra *imposible*, palabra grandemente peligrosa, pero afirmemos sin titubear que semejante hipótesis es muy improbable, y por hoy, al ménos, de todo punto gratuita.

En resumen, como dice Mr. Guillemín, de quien hemos tomado la mayor parte de estas noticias (véase la *Monografía de la luna*), en el estado actual de nuestros conocimientos astronómicos las razones en pró de una atmósfera lunar son mucho menos decisivas que las razones contrarias; es por lo tanto muy probable *que la luna no tenga atmósfera sensible*.

Si esta conclusion es exacta, ¡qué aspecto tan extraño, tan singular, tan nuevo debe presentar aquel astro!

¡Qué mezcla de horror y de grandeza!

Procuremos para terminar nuestro trabajo, formarnos idea, siquiera remota, de lo que son las tierras lunares y de lo que es, ó de lo que parece ser el universo desde tales tierras contemplado.

Trasportémonos, por un esfuerzo de imaginacion, á la luna.

Un país áspero, desigual, de aspecto duro y salvaje nos rodea.

Por todas partes cavidades y huecos: llanuras grieteadas; montañas radiales que parecen inmensas garras de piedra afianzándose en la costra sólida: cráteres cegados, cuyos bordes, á manera de muros redondos, se elevan sobre la planicie formando anchurosos patios ó enormes torres circulares, sin techumbres ni cúpulas: inmensos circos de 800 kilómetros de diámetro cerrados por barreras, circulares tambien, de 6 y 7.000 metros de altura, que proyectan gigantescas sombras á 130 kilómetros de distancia, y á cuyo pié, como fosos de una fortaleza titánica, se abren abismos horribles de incalculable profundidad, simas tremendas á cuyo fondo jamás ha llegado el sol, y en que se amontonan y se cuajan las sombras de millones de siglos.

Siempre, salvo en las grandes grietas ó en los contrafuertes radiales, la forma circular como tipo reproducido al infinito, así en los pequeños huecos, como en los grandes cráteres, como en los inmensos circos. Diríase que aquella masa fué sorprendida por el frío en horrible ebullicion, y que en un último esfuerzo formó infinitas burbujas que al reventar dejaron señalados sus bordes con salvajes barreras circulares.

Y donde no hay montañas rectas ó curvas, abismos sin fondo ó picos altísimos, se extienden planicies relativamente iguales y niveladas, como mares de piedra prontos á batir con sus inmóviles y mazisas olas las bases de aquellos gigantescos continentes. Imágen no tan violenta como á primera vista pudiera creerse, porque hay quien afirma que despues de formado el actual esqueleto de montañas, doblemente profundas entonces de lo que hoy las vemos, sé deshizo la atmósfera lunar, y sobrevino una especie de diluvio de barro que colmó los abismos, que abrió ancha brecha en muchos cráteres y rellenó sus senos, que extendió su asqueroso oleaje por toda la redondéz lunar, y que al consolidarse formó definitivamente las actuales llanuras.

En vano fuera buscar en la luna nuestros hermosos bosques, nuestras verdes praderas; el árbol que mece su espléndido penacho en el aire, la flor que desprende sus perfumadas

emanaciones en la atmósfera; el mar con su magnífico horizonte y su espumoso oleaje, el río con su clara corriente, el arroyo sobre cuya linfa solloza la caña: esos admirables movimientos de un ser vivo, esa eterna palpitación, ese divino cántico de la naturaleza, cuyas armonías mejor se sienten que se explican. No: en la luna, ni agua, ni mares, ni ríos, ni vida vegetal: todo es árido, todo está seco, *todo es piedra*; más que un astro vivo, es la escultura, la imitación en basalto, y si se nos perdona lo absurdo de la imagen, el busto en piedra de un mundo.

Quizá un Fidias colosal encontró en el espacio algún trozo enorme de globo roto y esbozó en él á montañosos los primeros lineamientos de un mundo: despues lo dejó ir.

¡Y luego, qué días, ó por mejor decir, qué noches; porque noches son sus días! (1).

Apartemos la vista de los épicos horrores de aquella naturaleza inmóvil, de aquella escultura gigantesca, pero muerta, y levantemos los ojos buscando luz, aire, una bóveda celeste como la nuestra; y nuestras alboradas de Abril y Mayo con sus divinos arreboles y sus blancos velos de vaporosas neblinas; y nuestro sol poniente con sus celajes de oro y púrpura; y nuestro espléndido y limpio cielo abrigado por la luz del medio día, y nada de esto encontraremos, porque nada de esto hay ni puede haber en el vacío, y el vacío no solo rodea á la luna, sino que la cerca y la estrecha y la ahoga y penetra en su mismo seno, hasta el fondo de sus valles, hasta las entrañas de sus negros abismos.

Es de día, sí: no es posible la duda: el sol brilla como un ascua rojiza, y sus rayos llegan como saetas de fuego sin que una capa atmosférica los amortigüe; pero este sol no campea en un cielo azul, no es broche de oro, como dice el poeta, que suspende el flotante velo en el espacio: es la boca de un horno, es una bola fundida que quema más que brilla, y que se destaca sobre un firmamento *negro, absolutamente negro*, aunque

(1) Suponemos «carencia absoluta de atmósfera.»

tachonado de innumerables puntos brillantes, porque en pleno día se ven las estrellas, y es natural que así sea. toda vez que la luz de la atmósfera no puede oscurecerlas.

Sobre este nuestro viejo globo, aunque viejo eternamente virginal y joven, hay un aire, y este aire es azul y trasparente, y la luz del sol se esparce por él, y en él nos finge esa bóveda celeste que nos cobija bajo su anchurosa concavidad, y que por lástima nos oculta lo que hay detrás de ella; porque detras se halla el espacio, negro y espantoso para ojos mortales, tan espantoso que erizaría el cabello sobre nuestra frente. Pues bien, *en la luna*, donde esa gasa azul no existe, donde la naturaleza no se ha cuidado de ocultar las sombras con bellos colores,—quizá porque no hay seres por cuyas venas corra el calofrío del infinito al contemplar la inmensidad cara á cara,—el negro vacío del espacio se vé tal como es.

¡Un sol todo fuego, y un cielo todo sombra!

¡Consortio imposible del día y de la noche! ¡Lucha eterna de las tinieblas y de la luz!

Jamás tan estupendo contraste han visto ojos humanos, y si la razón, por singular privilegio lo comprende, la imaginación apenas llega á divisarlo; hasta tal punto repugna concebir tanta sombra al lado de tanta luz sin que se penetren y se fundan. Y sin embargo, así debe ser, puesto que la Física lo demuestra: como en un cuarto oscuro entra un rayo de sol y dibuja una línea luminosa dejando lo demás en sombra, así también, visto el sol desde la luna, es columna ardiente que, como espada de fuego, penetra y rasga los vaporosos senos del espacio, dejándolos tan negros y tan sombríos como son. Sin embargo, las estrellas brillan más que en nuestro planeta; y cuando volviendo la espalda al sol se fija la vista en la extensión igual y oscura del cielo, parece con su fondo densamente sombrío y sus innumerables puntos de luz, como esos mantos de terciopelo negro con estrellas de plata que caen de los hombros de las Dolorosas.

Y ahora unamos con el pensamiento aquel cielo oscurísimo y aquel sol ardiente y aquellos infinitos puntos de luz, al

suelo lunar que describimos antes. Pongamos frente á frente tal firmamento en pleno día, que es plena noche, y aquel mundo volcánico, erizado y salvaje; y del choque de estas dos esferas resultarán nuevos contrastes, nuevas luchas, nuevas y disparatadas contradicciones. Toda superficie herida de lleno por el sol, es un espejo donde la luz reverbera; toda parte en sombra casi desaparece de nuestra vista, porque solo recibe la luz reflejada en otras superficies; y así sobre la luna, como en el cielo, se reproduce la misma contradicción entre la sombra y la luz, la misma exagerada oposición: montañas que son nuevos soles, abismos que son columnas infinitas de tinieblas, y sombras arrojadas de 130 kilómetros de longitud, es decir, la noche dentro del día.

Y sobre todo esto, alrededor de todo esto, el *silencio*; porque donde no hay atmósfera no hay sonido: un suelo abrasado por 14 días de sol: un cielo que llueve y que esparce por valles y montes torrentes de fuego y girones inmensos de sombra: y por último la inmovilidad eterna, solo interrumpida por alguna vieja roca calcinada, que silenciosa se desprende del vértice de la montaña, y silenciosa rueda al fondo de un abismo, como si temiera turbar la fúnebre tranquilidad de aquel astro muerto.

Hé aquí el único accidente que turba la calma de aquellas soledades.

De este modo pasan 14 días que son *un día*, porque para ser todo exagerado y monstruoso en nuestro satélite, 14 días está el sol sobre el horizonte; y de repente, sin crepúsculo, sin medias tintas, sin cortinas de carmín que cubran el lecho del astro rey, como dice el poeta.... ¡la noche! No más negra en verdad que lo fué el día.

Y luego, un inmenso disco de luz en el cielo, es decir, la luna de aquella luna, que es nuestro propio globo.

Y luego, como siempre, contrastes durísimos de sombra y luz.

Y luego, el *frío*: un frío tan intenso, en aquella noche

de 14 días, como intenso fué el calor en aquel día de 14 noches.

Y de vez en cuando las rocas que, al contraerse, crugien sin crugir, si se nos permite esta aparente contradicción.

Y quizá un pedrusco que se derrumba, trozo de la enorme osamenta de aquel astro muerto, y que cae silencioso en alguna negra sima, como en tumba que lleva dentro de sí mismo aquel cadáver planetario para irse enterrando á pedazos.

Si todo esto pudiera verse, digno fuera de ver; pero por muy poco tiempo, para volver despues á nuestra atmósfera, á nuestro cielo, á esta nuestra tierra en cuyo seno hay tanta vida, y sobre la que, iluminándolo todo, y engrandeciéndolo, arde la luz divina del espíritu.

JOSÉ ECHEGARAY.

De «Los Conocimientos Útiles.»



EL CONJURO DE LA LANGOSTA

EN EL SIGLO XVII.

Hoy que tanto y tan justamente preocupa á los habitantes de algunas comarcas de nuestra patria la terrible plaga de la langosta, que convierte en un instante las esperanzas del agricultor en la más cruel realidad, creemos ha de leerse con algun interés la descripción de la pomposa ceremonia con que hace dos siglos se verificaba el conjuro del terrible insecto.

Al empezar la primavera del año 1668 veían con espanto los labradores de Toledo avivarse en sus campos al calor de los rayos del sol que debía dorar sus mieses, las innumerables legiones de larvas que más tarde las destruirían. La plaga debió presentarse con tal intensidad que, desconfiando de los medios puramente humanos, hubieron de pensar con preferencia en los sobrenaturales, y al efecto representaron al Corregidor de la ciudad D. Miguel Muñoz, del Consejo de S. M. y alcalde de su Casa y Corte, por intermedio de los Comisarios caballeros regidores D. Francisco de Leon y D. Jerónimo de Herrera, la imposibilidad en que se hallaban de poner remedio

á un mal tan superior á sus fuerzas, y cómo habian resuelto se sacase el estandarte de San Agustin, abogado contra la langosta, en vista de los milagros que por su intercesion y en semejantes conflictos se habian experimentado.

A fin de aplacar la justicia divina, y para que el acto se celebrase con la posible decencia, pidió la ciudad á su Señoría que se hiciesen procesiones, rogativas y todas las demas diligencias divinas y humanas conducentes al objeto, y que acompañase al estandarte la nobleza.

Otorgada la peticion, el cabildo de la iglesia primada se trasladó en procesion general al convento de San Agustin, con asistencia de la ciudad, religiones y clerecía, y se señaló el 24 de Abril para que saliese el Estandarte con la nobleza, presidida por el Sr. D. Francisco de Moscoso, Osorio y Mendoza, hijo del Excmo. Sr. Conde de Altamira y canónigo de la Santa Iglesia.

Este día se construyó en la plaza del Colegio de la Compañía de Jesus, donde estaba la casa del Corregidor, un tablado de una vara de altura, revestido de un dosel de brocado carmesí y cenefas bordadas con flocaduras de oro, bajo el cual se colocó una cruz de palo santo con letras de plata. Del mismo metal eran los blandones en que ardian cuatro grandes hachas, y entre ellos y la palma y ramo de oliva bendito, requisitos indispensables para el milagroso conjuro, se ostentaba el Estandarte, de camelote (1) de aguas blanco, de plata, con borlas y cordones de seda carmesí y oro, vara y cruz de plata, y en él la efigie de San Agustin, pintura de Orrente (2).

Muy temprano aún, acudieron los comisarios de la ciudad con toda la nobleza, invitada al efecto, á la morada de su Seño-

(1) Tela hecha de pelo de camello. Le habia de raso y de aguas.

(2) Elogio no escaso, para todo el que recuerde que Pedro Orrente fue discípulo del Greco y supo conservar la originalidad y energia en la composicion y la fuerza de claro oscuro que distinguian á su maestro, en las muchas obras que pintó en Toledo, Murcia, Valencia, Córdoba, Sevilla, Badajoz y Palacio Real, Retiro y Casa de Campo de Madrid. Floreció en la segunda mitad del siglo XVI y murió en 1677 en Toledo, siendo enterrado, como su maestro, en la parroquia de San Bartolomé.

ría, que los obsequió con un almuerzo, chocolate y fuentes de bizcochos, sirviéndose en otras á los caballeros Comisarios guantes de ámbar, y diferentes aderezos á los demás convidados, y á las 8 de la mañana se dió principio á la salida en este orden: marchaba delante el alguacil que asistía en la casa de su Señoría; seguían 24 aguadores con sus bagajes para la provision del agua, todos muy enramados, y luego 12 acémilas bien aderezadas, con sus penachos de plumas de diferentes colores y reposteros azules con las armas bordadas de Portocarreros y Moscosos, llevando 24 pellejos de vino, 800 panes y 100 quesos para el refresco de los jornaleros; otra acémila, cubierta asimismo de repostero, llevaba el banco del herrador con su bigornia, martillo, tenazas y seis herraduras á los lados, todo de plata, y tras ella iba en otra una escala de tres escalones, azul y plata, para ponerse á caballo.

Tirado cada uno por cuatro robustas mulas, tambien con cubiertas de azul y plata, seguían á aquellas cuatro carros redondos, en cuya delantera se leía en anchos tarjetones el ministerio á que estaban destinados. Iba en el primero la repostería donde se encerraba la plata, ropa de mesa, frutas, ensaladas, barriles de aceitunas, principios y postres de todo género, nieve, vinos de regalo variados y muchas cantimploras y garrafrones de diversas bebidas: en el segundo, destinado á cocina, iban en grandes arcones 100 empanadas de ternera, 50 de anguilas, 50 de barbos y otros peces, 50 de conejos, 12 tortadas reales (1), 12 costradas (2), 24 pernils cocidos y una fiambrera de 50 aves, 50 pares de pichones y otros tantos de perdices; además 12 carneros y una vaca para los trabajadores: el tercero, ó confitería, contenía 100 cajas de diferentes dulces secos, 50 libras de bizcochos, 24 de azúcar rosado, 30 ollas de almívares, una arroba de colacion (3) y, campeando entre todo, el característico dulce de la imperial ciudad, cuatro colosales

(1) Fruta de sarten, manjar de personas ricas ó golosas, segun Covarrubias.

(2) Especie de tortada real cubierta con una capa de azúcar, huevos y pasta.

(3) Colacion; la confitura ó bocado que se dá para beber. (Covarrubias.)

mazapanes que representaban con todo arte cuatro macizos aunque indefensos castillos. Por último, una prevision, que hacía más natural esta abundancia de apetitosos manjares, había hecho que se destinase á enfermería el postrero y cuarto carro, que contenía colchones, sábanas, almohadas y demas ropas de cama, con todo lo necesario para aquel objeto, y dos enfermeras.

Una compañía de milicia de 100 soldados, ricamente ataviados con cabos bordados y plumajes de colores, y provistos de sus armas y dos cajas de guerra, precedía al alférez que llevaba en sus manos la Cruz del conjuro rodeada de los cuatro ayudas de cámara de su Señoría, con hachas encendidas. Detrás de la compañía iba una gran tienda de campaña, que se armó sobre un carro largo cubierto con un pabellon de brocado bordado de azul y oro, y en cuyo remate brillaba una esfera grande dorada con su pirámide, sobre la cual sostenian las armas de la ciudad dos águilas imperiales. La tienda contenía seis taburetes, un bufete con sitial de brocado y cuatro hachas en sus blandones de plata, entre los que estuvo colocado el Estandarte en el campo mientras duró el conjuro. Tiraban del carro seis mulas con guarniciones doradas, terlices de tela y borlas de azul y oro, y vestían los cocheros baqueros de lo mismo.

De camelote azul cuajado de puntas grandes de plata era el que vestía el clarín de á caballo, que llevaba en la banderola las armas de San Agustín y abría paso al acompañamiento de todos los caballeros de la ciudad, regidores y jurados, que serian en número de hasta 1.500, montados en briosos corceles.

Por último, y rodeado de seis religiosos de San Agustín en sus mulas, con gualdrapas, venía el Estandarte que llevaba el Corregidor en un caballo alazan, de mucho brio y arrogante presencia, enjaezado de terciopelo liso negro, con los encintados del mismo color. El traje de su Señoría era sotana y manto de bayeta hasta la rodilla, botines de felpa negra y alpargatas tejidas. Las borlas del Estandarte llevaban los dos caballeros Comisarios regidores de la ciudad, á los que seguian el

médico-cirujano, capellan, mayordomo y secretario de su Señoría.

Cerraban la comitiva un caballo castaño de palafren, enjaezado de brocado carmesí y plata, con gualdrapa de lo mismo y encintado de nácar, en cuyo arzon se veía un azadon de plata y una espuerta de palma tejida con primoroso cuidado; dos mulas de paso, también de palafren, con sus arreos de terciopelo verde, cubiertas de encerado; dos carrocinés de campaña con seis mulas cada uno, en que iban los eclesiásticos para el conjuro, otro carro de respeto, y finalmente, más de mil hombres, mercaderes y gente del pueblo, en diferentes cabalgaduras.

Las campanas de todas las parroquias y conventos de la ciudad echadas á vuelo, los ricos tapices y vistosas colgaduras con que los toledanos tenían adornada la carrera, y el rumor de la multitud, hacían más solemne el paso de la comitiva, que con lenta marcha se iba acercando al convento de San Agustin, del que salió á recibirla toda la comunidad y seis ayudas de cámara con hachas encendidas. La compañía de milicia hizo allí su correspondiente salva, bendíjose el Estandarte, colocóse la cruz en el altar mayor, dijéronse tres misas á un tiempo, por ser ceremonia del conjuro, y acabadas, y entonada la letanía mayor, repitiéndose las salvas al alzar y al salir del convento y guardando todos el mismo orden, dejaron la ciudad, encaminándose por el puente de San Martin al sitio de Loches (1), donde estaba armada una grande, rica y vistosa tienda de lienzo bordado de la China, propia de la Santa Hermandad.

Allí quedó enarbolado el Estandarte en la que llevaba el Corregidor, en tanto que éste, dejando el caballo y tomando una mula de paso, con el azadon y espuerta al hombro, se ponía al frente de los jornaleros que, con buitrones (2), azado-

(1) Loches ó Loeches, dehesa en término de Toledo, la mayor parte de terreno montuoso con encinas y algunos olivos.

(2) Costales anchos de boca y estrechos en su fondo.

nes y espuertas, se repartieron por el campo en busca de la langosta.

Los religiosos y eclesiásticos, la milicia y demas personas que no se ocupaban en aquel ministerio, llevaron entonces procesionalmente con el Estandarte la Cruz á una cumbre muy elevada, en donde quedó expuesta mientras se hizo el conjuro, que duró dos horas, y cuyos pormenores omitimos en gracia de la brevedad.

El proverbio que dice: *á Dios rogando y con el mazo dando*, tuvo aquí cumplido éxito, puesto que los documentos que nos sirven de guía para esta descripción aseguran que, habiendo á la subida más de una cuarta de langosta, no se hallaba luego ninguna para las ceremonias de esparcirla por el aire y echarla en el fuego y agua, siendo preciso bajar al llano por ella.

Recogiéronse con los buitrones cerca de 200 fanegas del temible *mosquito*, sin contar la gran cantidad que se quemó, quedando de este modo la mayor parte del campo libre, y como ya caia el sol y el ejercicio y lo apacible de la tarde invitaban á hacer uso de los apetitosos manjares que los carros encerraban, se dispuso la merienda, á la que asistieron el señor don Vicente de Aragon, D. Juan Osorio y otros señores prebendados con la nobleza de la ciudad y personas conocidas.

Terminada, y ordenada la marcha en la misma forma que á la salida, entraron ya bien anochecido en la ciudad, donde el inmenso gentío que por la mañana les habia despedido fué aclamando y victoreando al Arcediano hasta su misma morada.

En ella habia preparado otro refresco y agasajo para los caballeros, que éstos no quisieron admitir por ser tarde y encontrarse cansados, por lo cual se despidió de ellos su Señoría, disponiendo que á los religiosos de San Agustin se les condujese en su coche al convento, donde mandó decir doscientas misas para que cesase la plaga.

Pareció tambien y tuvo tanta eficacia el conjuro, que se apresuraron á imitarle los gremios y oficios de la ciudad, las comunidades y cabildos, dando siempre la preferencia al de la Santa Iglesia.

El resultado fué constantemente satisfactorio, aunque no expresan los documentos á que nos referimos si acompañaba á todas las expediciones el milagroso Estandarte, pero sí que en ninguna se olvidaron los buitrones.

A, PAZ Y MELLA.

Del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios.

Revista de la Universidad de Madrid.



A LA PÁTRIA

CON MOTIVO DE LA TERMINACION DE LA GUERRA CIVIL.



No siempre, ajena á tu pasion ilusa
pero no á tu dolor, oh Pátria mia,
verás muda y sombría
y esquivá y fiera á mi ignorada musa.
No siempre en noble ira
su balbuciente lábio
responderá á la voz de la mentira
con el silencio ó con el duro agravio.
Hoy, depuesto su enojo, á la confusa
turba gozosa uniéndose, su canto
mezcla del pueblo al jubiloso grito,
y aún en su rostro pálido y marchito
brillan las risas á través del llanto.

—

¡No, no es el himno triunfador! No temas,
Pátria, que en las supremas
horas de tu aflicción, cuando el tributo
de las lágrimas tristes
baña tu faz, y cuando el negro luto
por tantos hijos que murieron vistes,
no temas que implacable
ella con dulce estrofa
como en villana mofa
de honor, de gloria y de laureles te hable.
Cuando en un pueblo estalla
la lucha fratricida,
no va sobre sus campos de batalla
la audaz Victoria del Honor seguida:
va el pecado no más, va la proterva
desolación, y un eco sobrehumano
clama en los aires con palabra acerba:
«Cain, Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?»

—
¿Quién, pues, que noble sea
de triunfos hablará?... La árdua pelea
fué un amargo deber, y hoy que cumplido
fué por tí, oh Pátria, del combate infame
los trances dad al perdurable olvido.
¡Que ningún pecho inflame
ominoso el rencor. ¡Los vencedores
pendones enlutad, y esos aceros
de un crimen vengadores,
inclinando hacia tierra, los primeros
sed que lloreis sobre la tumba fría
de los que unió la muerte
en sacra paz tras de contienda impía.
Que oculte avergonzado el varón fuerte

sus heridas sin gloria,
y que, de Dios malditas,
rasgar podamos de la pátria historia
las hojas ¡ay! con nuestro oprobio escritas.

Que harto para memoria
de nuestra infausta suerte
durarán las ruinas
todo un siglo quizás. Los rotos muros
de la ciudad entrada: los oscuros
restos del templo profanado: el yermo
campo talado: al pié de las colinas
los solitarios pueblos: sobre el monte
la soberbia trinchera:
al fin del horizonte
del bosque antiguo la gigante hoguera:
el puente roto sobre el ancho río,
y en el hogar sombrío
la horfandad, la miseria, el duelo, el llanto
y acaso horrible el deshonor, bastante
causa han de ser para que á cada instante
trémulo surja el renovado espanto.
¡Ah!... ¡Felices si el santo
temor de igual desolacion nos veda
de la discordia el castigado crimen!
Felices si redimen
nuestros dolores de la pátria amada
la miserable suerte, y si en el tierno
corazon de sus hijos
todas las madres de la Iberia imprimen
la ley cristiana del cariño eterno!

¡Amor y paz!... que la dorada espiga
los surcos que el cañon abrió en la tierra
fértil encubra, y que la sombra amiga
torne del bosque á coronar la sierra.
Que, sin temor del daño,
baje á abrevarse al apasible rio
el balador rebaño.
Que en la festiva danza
de la plaza del pueblo las doncellas
rian y hablen de amor y de esperanza.
Que cruce por la selva,
donde el silencio duerme,
cuando al hogar abandonando vuelva,
solo, el soldado de la pátria inerme.
Que al pié de la alta cruz de los caminos
reposen los cansados peregrinos.
Que el recelo no trunque
del padre anciano el sosegado sueño.
Que retumbe el martillo sobre el yunque.
Que el hacha pula el derribado leño.
Que en nuestros valles caiga
la bienhechora lluvia
como dón de los cielos y nos traiga
racimos negros y la espiga rubia,
para que el pan y el vino en nuestras manos,
símbolo fiel de la obtenida calma,
nos partamos alegres los hermanos
como una santa comunión del alma.

¡Amor y Paz!... Que el corazon exhausto
de ternura y de lágrimas, al templo
lleve el sufrido mal como holocausto,
y allí gima y medite, y que el ejemplo

de tanto día infausto.
le hable con grande voz. Las ansias vanas
de la ambicion soberbia; el torpe arrullo
de la lisonja vil; las inhumanas
cábalas del orgullo;
de la mentida ciencia
la audaz palabra; el usurpado rango;
la quebrantada ley de la conciencia;
del goce impuro el cenagoso fango;
la inicua complacencia
con el delito y la honradez cobarde
que en el hogar se encierra,
los mónstruos son de la oprobiosa guerra
que inextinguible en nuestros pueblos arde.
Pátria, siempre vencida
en esa lucha infame, álzate erguida,
y en la honra, en Dios y en tu preclara hitoria
puestos los ojos fijos,
busca el laurel de tu mejor victoria
dentro del alma de tus propios hijos.

V. W. QUEROL.

Valencia, 8 de Marzo de 1876.



CLARY.

NOVELA INGLESA.

Despues de la virtud, objeto digno de nuestras veneraciones, lo que mas merece el aprecio público, y nuestra propia estimacion, es el volver otra vez á esta misma virtud, de la que muy pocos hombres en la tierra tienen la felicidad de no apartarse. El arrepentimiento verdadero, egercitando nuestra sensibilidad, purifica en algun modo nuestra moral, y la exime de ciertos principios de orgullo, que no dejan de hacerse sentir en los corazones que han tenido la suerte de cumplir exacta y constantemente con sus obligaciones. Es preciso confesarlo: el amor propio está muy cerca de la virtud, y es su seductor mas peligroso. Un alma que ha conocido las flaquezas inseparables de la humana naturaleza mostrará valor, pero sin vanidad, y será modesta y humilde en su mismo triunfo. El deseo de reparar sus errores, alentará sus esfuerzos, y la memoria de haber caído la impedirá que se engría en su elevacion. Por otra parte, ¿la religion y la verdadera sabiduría, no nos enseñan que un verdadero arrepentimiento es un título de expiacion á los ojos del Ser Supremo? ¿Por qué, pues, seremos nos-

otros más severos que la Divinidad? No olvidemos que la compasion y la indulgencia son los principales atributos del hombre; y que sin estas dos cualidades queda destruido su carácter; en una palabra: la virtud separada de la humanidad, no es otra cosa sino un fino disfraz del orgullo, y un simulacro impostor, que usurpa nuestros obsequios. Atengámonos á la naturaleza: ésta nos lleva como por la mano á la beneficencia, y nos estimula á que tengamos siempre nuestro seno dispuesto á recibir las lágrimas de los desventurados. Y á la verdad, ¿quién hay más digno de compasion, de consuelo, y de todos los auxilios de la benéfica humanidad que un infeliz, que conociendo sus errores vuelve bañado en lágrimas de arrepentimiento al seno de la virtud, que es la mas dulce sensacion del alma; y conserva un dolor eterno de haberse apartado de ella?

Estas reflexiones, que á primera vista parecerán aisladas, y producidas por mera casualidad, son el fruto de la lectura de dos cartas de mucho interés, que presento al público, porque he juzgado, que pueden prestar algunas nuevas luces acerca de lo que se llama *costumbres*, materia importante que como otras de este género, aún no está bien ventilada. Desearia, sin el auxilio de una metafisica abstracta, cuyos raciocinios frios, y sin alma suelen no producir efecto alguno, fijar nuestras ideas relativamente á la virtud, y al aprecio que merecen las almas felices que tienen la fuerza de sacudir la pesada cadena de las preocupaciones. Solo acaso el estudio de la verdad es digno del hombre, y por desgracia este es el que más se descuida.

Hé aquí las dos cartas, que publico á la letra como me han sido comunicadas.

CARTA

DEL BARONET BORSTON AL CABALLERO DIGBY

Ya que eres mi amigo, lee con reflexion esta carta, medítala sériamente, y decide de la felicidad, ó infelicidad de tu amigo. Considera que te envío mi misma alma, y que la tuya es quien ha de dirigirla, iluminarla, y en una palabra, determinar mi destino.

Amigo, estoy enamorado más que nunca. Ya se me figura ver tu sorpresa, y á fé que la mia no es menor por este suceso. ¡Volver á enamorarme! ¡Creer á las lisonjas del amor! ¡Fiarme de sus dulzuras! ¡Entregarme enteramente á él despues de la triste esperiencia que he tenido! Pues de todo esto habia de haberme guardado como del fuego; y justamente es lo que menos he hecho: pero te pido que no me condenes sin que antes te hagas cargo de este asunto de tanto interès para tu amigo. ¡Oh! yo casi estoy seguro de tu aprobacion, porque vosotros los filósofos mirais las cosas, no como suele el vulgo despreciable, que solo se deja llevar de la corriente, sino meditándolas, y examinando si son ó no razonables.

No ignoras, amigo mio, que á lord Dorset, y á mi nos agrada infinito el dar ciertos paseos, que más bien se pueden llamar viages que otra cosa; y Lord pretende que estos entretenimientos son útiles igualmente al espíritu que al cuerpo, porque dice, que viendo continuamente objetos nuevos, se adquiere una provision de conocimientos, que contribuyen á juntar un gran fondo de filosofía, que es el eterno alimento de todo ser, que sabe ocuparse noblemente. A la verdad, puede decirse que Dorset se ha internado en los secretos mas ocultos de la naturaleza, pues nada se le escapa, de modo que es capaz de hablar un dia entero, haciendo las investigaciones del más sábio observador sobre una florecita del campo, que un ignorante profano pisaría sin hacer caso. Su conversacion siempre pone en movimiento los afectos, esto es, escita y conserva en el alma aquella dulzura, y aquel enternecimiento delicioso, que la dispone á recibir las impresiones del amor. No ignoras hasta qué grado mi corazon es sensible, y pronto á encenderse, y cuánto ha padecido por una desventurada passion. Miss Weymont fué tan pèrfida como hermosa: no hablemos ya de ella, amigo, no hablemos ya de ella: su imperio está enteramente destruido, y mi corazon ha elegido otra soberana. No todas las mujeres, amigo mio, son falsas é hipócritas; y yo quiero obligarte á que seas su panegirista.

Me paseaba, pues, con nuestro filósofo por un camino agradable, estando bien ageno de sospechar que aquella senda conducia al amor. Llegamos insensiblemente cerca de una quinta, que ofrecía una perspectiva encantadora, y á la cual conducía una hermosísima calle de árboles frutales. A poca distancia se veía un gran valle esmaltado de varias flores, y regado de un arroyuelo, que se iba á perder debajo de un enramado de tilos. Algo más lejos se descubrian vergeles, praderías artificiales, y paseos hermosos; y algunos ganados pastaban en los collados cercanos. Los rayos del sol, que ostentaba toda su claridad, esparcían abundantemente el color de púrpura y oro por entre unos grandes árboles, que parecian mostrarse ufanos de su antigüedad, y que coronaban un alto monte,

cuya ventajosa situacion defendía este hermoso distrito contra los vientos del norte. Una aldea, que llamaba la atencion con la variedad de sus elegantes casas, formaba el fondo de este delicioso paisaje.

Nos sentimos llevados casi á pesar nuestro hácia la quinta, donde fuimos recibidos con aquella franqueza, que puede llamarse la política de la sensibilidad, esa política atractiva y verdadera, que solo es propia de aquellas almas inocentes, cuyo candor aún no ha sido alterado por las corrompidas ciudades. El dueño de la hacienda es un anciano, á quien sus muchos años no han agoviado bajo el peso de las enfermedades: su primer aspecto interesa, y cautiva la voluntad de quien le vé; y su frente serena, adornada de largas canas, manifiesta su carácter bondadoso y sencillo. Este, pues, nos dió todo el acogimiento que su respetable pobreza le permitía: nos ofreció leche, manteca, huevos frescos; y no tuvimos reparo alguno en admitir este ofrecimiento. Quiso luego Dorset darle algun dinero, pero advertimos que llevaba mal esta proposicion. Un alma que conoce su dignidad, y se complace en ella, se horroriza solo con la idea del interés. Yo regalé á una de sus hijas una sortija de oro de poco valor, que llevaba en el dedo.

Luego que salimos, encontramos cerca de una fuente, cavada en un peñasco, á una jóven, que sentada sobre una pequeña eminencia, cubierta de musgo, guardaba una manada de ovejas, y aun de este modo parecía una soberana puesta en su trono. Yo, amigo, soy de aquellos que creen que puede formarse una pasion violenta en un instante; y en efecto, apenas ví á Clary (este es el nombre de la hermosa pastora) experimenté en mi pecho una repentina conmocion, y una indecible complacencia en mirar á este amable objeto. Fijé toda mi atencion en ella, y puedo decirte, que su fisionomia acaso es la más viva, la más seductora, y la más digna de ser amada. Sus ojos son grandes y negros, su talle elegante, posee mil gracias naturales, se vé en sus mejillas el rosado color de la juventud, y se nota en todo su rostro cierto tono de sensibili-

dad y melancolía, que hace la hermosura sumamente atractiva, y temible: en fin, es el amor mismo. Esta, amigo, es la bella criatura que ha roto las duras cadenas con que me aprisionaba la peligrosa Weymont, cuya memoria me perseguía en todas partes. Lo que más sorpresa te causará, es que Clary estaba leyendo, y así que nos vió guardó con precipitación su libro. Me acerqué yo el primero, y no puedo expresarte la turbación que esperiménté, turbación, cuya causa acertarás tú fácilmente. Sin embargo, que lo que nos dijo no fueron sino pocas palabras, pronunciadas á pesar suyo, y solo por efecto de urbanidad, quedaron no obstante grabadas indeleblemente en mi corazón, y no tuve necesidad de oír más; para conocer que Clary ennoblecía la condición oscura en que se hallaba sumergida: Lord Dorset fué de mi mismo parecer.

No cesamos de repetir sus elogios, admirando sus prendas; y no tuvimos otra conversacion hasta el punto de irnos á descansar. Fortificó la noche los afectos que me habia inspirado Clary, y la reflexion, lejos de destruirlos, los arraigó mayormente. Yo amaba ya, y amaba con exceso: ¿podía acaso engañarme acerca de mi inclinacion? pero procuré ocultarla á Dorset. Reparando éste al dia siguiente que yo estaba pensativo, me preguntó la causa de mi tristeza. Busqué algunos pretextos para eludir su pregunta, y conocí entonces, que el amor oculta algunos secretos á la amistad. En fin, despues de comer me separé de Dorset, y marché inmediatamente al parage donde habíamos encontrado á Clary.

Hallábase ésta en la misma situacion en que la tarde anterior la habíamos visto leyendo. Me sentí herido de nuevo al verla, y acercándome á ella, la dije:

—No os cause admiracion, hermosa jóven, el verme otra vez en este sitio.

Parecióme que la sorprendian estas palabras pronunciadas con aquel tono, que caracteriza la sencillez del corazón de donde salen: se puso colorada, se aumentaron con esto los atractivos de su hermosura, y yo proseguí de este modo:

—Ciertamente no debe sorprenderos mi presencia, pues

inspirais cierto interés, que hace que cualquiera que os vea apetezca vuestra compañía. No quiero hablar de la hermosura que os adorna, porque es regular que conozcais todo su poder; pero quisiera, para satisfacer mi curiosidad, preguntaros, por qué raro acontecimiento os hallais en este sitio. No puedo persuadirme que seais capáz de ocultar la verdad, y si he de de creer á cierto presentimiento, que no puede engañarme, juzgo que hay pocas clases dignas de mereceros.

Turbóse Clary al oír esta especie de cumplimiento.

—¡Mi clase, señor!.... mi clase es esta misma, y ciertamente no tengo motivo de quejarme de la fortuna: ¡dichosa yo si siempre hubiera vivido en este asilo desconocido, que es la morada de la virtud, y (añadió con un suspiro) debería ser el albergue de la felicidad!

A estas palabras no pudo reprimir algunas lágrimas, que mal de su grado se asomaron á sus hermosos ojos. No me costó mucho el conocerlo, porque además de ser mis miradas sumamente perspicaces, mi corazón mismo les daba mayor actividad:

—¡Llorais, hermosa criatura! (la dijo entonces) ¡ah! no espero que os digneis darme noticia alguna acerca de vuestra suerte; pero de cualquier manera que correspondais al interés con que os miro, estad segura que habeis empeñado el corazón de un hombre que os amará mientras viva.

Pronuncié estas espresiones con timidez y respeto. ¿Qué más te diré, amigo mío? Tuvimos una conversacion, que solo se acabó con el día: en ésta me manifestó Clary su nombre, y en ésta se acabó de formar en mí la pasión más decidida y violenta. El libro que encontré en sus manos era la incomparable *Clara Harlowe*, esta obra maestra del inmortal Richardson, que será siempre la delicia de los corazones sensibles: pero apesar de nuestra larga conferencia, Clary no me dió la menor idea de su verdadero estado, ni de su nacimiento.

Todos los días veía á la soberana de mi corazón, de cuyo dominio sobre mí ya no podía dudar yo, y todos los días me aprisionaba con nuevas cadenas.

Tú me enviarás á aumentar el número de los héroes pastores de nuestro antiguo Spénser, (1) y quizá me dirás que era yo bien necio en tratar de amor tan sublimemente con una infeliz destinada á custodiar ovejas. Ea, amigo, arrodíllate inmediatamente delante de mi diosa, y pídelas perdon de tu blasfemia. Tú no has visto á Clary, tú no la has oído: te aseguro que no hay criatura en la tierra que sea digna de mas respeto, ni de mayor aprecio. Me atreví, finalmente, á manifestarla mi afecto: escúchala con atencion: ella misma es quien habla. Sus palabras se me grabaron demasiado en el corazon, para que no quedasen impresas en mi memoria.

—El confesaros, señor, que sois digno de que os hable con franqueza, es aspirar á merecer solo vuestro aprecio, supuesto que debo sofocar en mi pecho cualquiera otro afecto: por lo tanto es inútil ocultaros que corresponderia á vuestra ternura. si me fuera permitido el hacerlo. Quiero creer que unos fines honestos habrán producido este amor que tanto me honra y lisonjea, pues un alma que se expresa como la vuestra, no es capaz de faltar á la verdad: pero, caballero.... olvidáos de mí. Yo no puedo aspirar á ser vuestra, ni de nadie; no, de nadie ya: dejadme entregada enteramente á mi dolor, el cual me seguirá hasta la tumba, y me llevará apresuradamente á ella. Espero de vuestra probidad y compasion, que no os empenéis en querer saber la suerte de una desventurada que vos mismo despreciaríais (prosiguió vertiendo un torrente de lágrimas) si supiérais todos sus pesares.

¡Yo despreciaros, amable Clary! Decid mas bien, que buscáis pretextos para no admitir mi amor y mis obsequios. Sí, os amo; ¡y qué satisfaccion no experimento en haceros esta declaracion! Me habeis inspirado el afecto mas vivo y puro; y cada dia encuentro en vuestra persona nuevos atractivos. Hablad, decidme pues, ¿qué puedo hacer para llegar á poseeros? ¡Pesares vos! ¡Ah! amable criatura, ¿cómo habeis nacido para

(1) Antiguo y célebre poeta inglés.

pagar ese tributo á la humanidad? ¿Tendreis valor para privarme de la dulce idea de poder disiparlos?

—No, (respondió Clary con vivéza) solo podeis aumentarlos. No me obligueis, os lo suplico, á descubrir..... señor..... me costaría la vida. ¡Ah! Por amor de la humanidad os ruego, que no prosigais en fomentar un afecto al cual no puedo absolutamente corresponder: imploro de vos esta gracia.

—¡Una gracia, hermosísima Clary! Yo soy quien ha de pedir las. Sí, os obedeceré..... os obedeceré ciegamente: ya no os hablaré mas de mi amor, aunque el silencio me costára la vida.

Pronunciaba yo estas palabras derramando un torrente de lágrimas que salian de lo más íntimo de mi corazon, y Clary pareció lastimarse de mi triste estado.

Todos los dias tenía yo el dulce consuelo de ver á mi amada prenda; pero manteniéndome sujeto con escrupulosidad á la cruel ley, que me había impuesto, guardaba el más profundo silencio, y solo me contentaba con fijar mis ojos en los suyos, y suspirar: á veces advertia en ella cierta turbacion, que ella misma intentaba ocultar á mis ojos, y siempre la encontraba digna de mi ternura, y de mi aprecio. Tiene Clary, amigo mio, un espíritu recto, profundo, y capaz de una série de reflexiones; pero te confieso, que es inferior á la delicadeza de su sensibilidad. ¡Qué alma la suya! No puede haberla mas noble, mas grande, mas generosa, ni mas benéfica: Es Clary un compuesto delicioso, y la quinta esencia de las mas bellas cualidades. No me atrevia porque amaba de veras, y quien ama de este modo, teme continuamente, no me atrevía, digo, á descubrirme con las buenas gentes en cuya casa vivia Clary, quien algunas veces fijaba su vista en mí, y las lágrimas empañaban sus negros y hermosos ojos.

¿Has experimentado tú bien, amigo mio, todo el poder que presta el llanto á una mujer hermosa? Se puede decir que en este estado brilla toda la magestad de sus atractivos; ¡y qué dulzura, qué suave embeleso inspira semejante espectáculo! Amigo, éste para un alma sensible es quizá el mayor de todos

los placeres, y en él no hay sino delicadeza y pureza: en una palabra, es una flor olorosa cuya fragancia hay muy pocos que puedan percibirla.

La violenta ley á que me habia sujetado, no tardó en producir una notable alteracion en mi salud. Me hallaba en la precision de hablar de mi amor, ó de vencer mi pasion; tuve la fuerza de callar, pero una enfermedad peligrosa, que infundió recelos de que pudiera perder la vida, fué la consecuencia de mi victoria. Escribí, pues, á Clary dándole parte de mi triste estado, y ésta vino á verme en compañía de la hija de su huésped, de aquella misma á quien di la sortija, como más arriba te he dicho. No creo, que una diosa que bajara del cielo, pudiese causar mayor embeleso en el alma de un mortal, que el que experimenté á la vista de la hermosa Clary. Me pareció más bella que nunca, más graciosa, y más llena de aquellos atractivos que no pueden espresarse, y que producen todo el entusiasmo del amor. Acercóse á mí llorando. ¡Qué lágrimas, amigo, cayeron sobre mi corazón! solo pude decirle:

—¡Ah cruel, y querida amiga mía! esta que veis es obra vuestra.

—Es sumamente sensible para mí, (respondió con enternecimiento) veros en esta situacion, y no quiero ocultaros, que aunque fuese á costa de mi vida desearia poder haceros feliz: pero..... vos mismo pronunciareis mi sentencia, y la vuestra, y juzgareis..... si sé amar.

Al pronunciar estas palabras, apoyó la cabeza en las manos, derramando copiosas lágrimas, y luego prosiguió de esta manera:

—Ya estoy resuelta á sacrificar mi vanidad, y mi secreto: Sí, me abismaré en la amargura y en la ignominia; y me envileceré á los ojos de la única persona cuyo aprecio es el que más hubiera apetecido. ¿Qué deseais, pues?

—Vuestra mano Clary, y pasar toda mi vida en amaros, y en gozar de esta felicidad.

—¡De esta felicidad! ¡Ah! No es posible que pueda haceros feliz ni á vos, ni á mí: ¿Es por ventura mi clase?..,

—¿Qué decís, criatura adorada? El amor, la hermosura, y la virtud os elevan á una clase superior á la mía, y solo vuestra generosidad podría igualarme á vos, si os dignárais.....

—No prosigais señor; este lenguaje no os es conveniente. Yo soy quien debe humillarse delante de todo el universo, y esta actitud es propia de mi estado. ¡Ojalá que solo la desigualdad de condicion fuese la causa que nos separase! Pues ya que habláis de virtud, sabed todos mis infortunios; sabed... me traspasais el pecho: Yo me siento morir de dolor, sí, lo sabreis todo; sí, conoceréis este corazon que no es digno de vos... y que os ama.

Mientras hablaba de esta manera la ahogaban los sollozos.

—¡Me amais! (esclamé, tomando sus manos). ¡Me amais hermosa Clary! ¿Soy yo acaso la causa de vuestra turbacion? ¡Ah! Quiero perder la vida antes que causaros algun disgusto; No, no pretendo obligaros á que me descubrais un secreto, que tanto deseais ocultar: no pretendo violentar vuestro corazon; haced lo que más os agrade, pues mas bien que dar motivo á que tengais la más mínima pena, si es necesario, me sacrificaré con no veros mas: á lo menos tendreis lástima de mí, y no me negareis vuestra compasion.

—¡Mí compasion! ¡Ah! ¿por qué me amais? ¿por qué me estimais? bien pronto cesareis de experimentar en favor mio estos afectos. ¡Ay de mí! no los merezco. Ya voy á satisfacer vuestra curiosidad: Sí, voy á complaceros..... Susana me ama (interrumpió mirando con dulzura á la jóven que la acompañaba) tiene la bondad de confundir sus lágrimas con las mías; y así nada tengo oculto á su amistad.

Se volvió luego hácia mí, y arrojando un largo suspiro, prosiguió de este modo.

—Con que es preciso complaceros! ¡Ah! despues de mi relacion será esta la última vez que os vea, que os hable que os manifieste..... Borston..... ofrecerme entonces vuestro amor sería ofenderme; presentarme vuestra mano es.... es un dón que no merezco, y cuyo valor conozco completamente.

No me avergüenzo de mi nacimiento. ¡Ay de mí! No es

esto lo que puede afrentarme. Soy deudora de mi sér á unos labradores honrados del condado de Devonshire, quienes tenian bastante facultades para darme una educacion superior á mi estado, y este su excesivo afecto para conmigo contribuyó quizá á mis infortunios. Nuestra vanidad se va fortificando al paso que se extiende nuestra instruccion. Era mi padre de una edad avanzada cuando nací, y él y mi madre, creyeron entonces haber vuelto á nacer, pareciéndoles que yo sería infaliblemente el báculo de su vejez, y el alivio de sus últimos dias. ¡Cuántas veces me levantaron en sus brazos, y estrechándome contra su seno, me decian con lágrimas en los ojos! ¡Oh querida hija! ¡Hija de todo nuestro amor! tú heredarás de nosotros muy pocos bienes; pero te dejaremos nuestro ejemplo para que le sigas, que es el de toda una familia, que despues de doscientos años, de padre en hijo, ha cultivado como nosotros estos campos; que ha tenido á honra manejar el arado, y cuya principal herencia ha sido siempre la virtud. Jamás olvides, que ésta se debe preferir á todo cuanto hay en el mundo, y que es la única riqueza, que no está sujeta á los caprichos de la fortuna. Aprende á gloriarte de tu pobreza; vive y muere en esta aldea donde serás enterrada á nuestro lado. Guárdate bien de ir á Lóndres, porque los habitantes de aquella ciudad son seductores, que podrian causar tu perdicion. Querida hija, pórtate como nosotros. La pobreza se hace más llevadera cuando se junta con la honradez; sobre todo no apartes nunca tu vista ni tu memoria de Dios.

¡Y yo he abandonado á este Dios que ahora me castiga! A todo he faltado: á mis deberes, á la virtud, á la naturaleza; ¿qué os diré más? A estos queridos autores de mi vida tan virtuosos, tan tiernos, y tan respetables..... los he deshonorado.

Al proferir estas últimas palabras prorrumpió en lágrimas inclinando enteramente la cabeza sobre sus rodillas.

—¡Ah! no es posible (exclamé yo entonces, estrechando con la mas viva espresion sus manos entre las mías) que teniendo tales principios, no seais la más apreciable y virtuosa de todas las mujeres. No os detengais, derramad vuestras lá-

grimas y vuestra alma en mi seno. Confiad vuestras penas á un amigo fiel y sensible, que se enternecerá al oir vuestros males, y tomará parte en ellos.

—¡Vos lo quereis así! (respondió levantando la cabeza, y mostrando en su rostro las señales del dolor mas espresivo.)

—Sí, os lo repito, querida Clary: mi mismo corazon recibirá vuestro llanto. Los pesares se alivian, y suavizan confiándolos á la amistad.

—¡Ah! Los míos solo pueden aumentarse con descubrirlos, pero vos lo deseais..... pues bien; lo sabreis todo.

Habíame concedido naturaleza alguna hermosura. ¡Prenda funesta cuando perjudica á la virtud! Quizá conocia yo entonces esta frívola ventaja; pero aún era digna de mi familia, pues poseia aquellas cualidades que son inseparables de la inocencia, y cuya pérdida es irreparable. Era mi alma un cristal puro, que aún no habia sido empañado, y solo dejaba entrever cierta sensibilidad que habia de ser luego el origen de mis desgracias y de mis errores. Principiaba ya mi corazon á prestarse á todas las impresiones de enternecimiento, cuando mi cruel destino trajo á nuestro distrito, y presentó á mis ojos el mas amable..... ¿qué digo? al mas detestable de todos los hombres. A la hermosura de su persona se agregaban todos aquellos accesorios, que son otros tantos lazos para un sexo, ¡ay de mí! demasiado débil; tales son el resplandor de una condicion elevada; el brillo de la opulencia; aquel fausto engañoso, que respiran el lujo y la grandeza; los atractivos de una elocuencia cultivada; en fin, juntaba en sí todos los medios de seduccion. ¡Qué enemigo tan poderoso para una edad sin esperiencia! Mi virtud y educacion me ofrecian las armas con que combatia, y á veces sugetaba este afecto, que intentaba apoderarse de mi corazon. Sin cesar me repetía á mí misma que yó no era mas que una hija de un pobre labrador, y que por consiguiente no solo no debía elevar mis ideas, pero ni tampoco una sola de mis miradas á Lord Mevil....

—¡Lord Mevil! (exclamé yo) sin duda este perverso os habrá causado pesares, porque yo le conocí por el azote de la

virtud; pero finalmente, acaba de recibir el castigo de su abominable conducta.

—¡Cómo! (interrumpió Clary sobresaltada).

Sí; viajando por Alemania ha sido muerto poco há en un desafío.

—Con que no existe! (dijo Clary, levantando las manos al cielo) quiera Dios (prosiguió despues de haber quedado algunos instantes como pensativa); quiera Dios que un sincero arrepentimiento le haya iluminado! ¡Límitese la Justicia Divina á su muerte! Sí, (continuó dando un suspiro) este ha originado todos mis males, mis errores, y los pesares que continuamente me oprimen.

Se introdujo Mevil en casa de mis padres, no me acuerdo con qué motivo, pero sin duda fué para mi ruina, la que tenia meditada desde el momento en que me había visto. Vino varias veces á la quinta, buscó la ocasion de hablarme, y sus palabras se introdujeron en mi alma como un fuego rápido y estragador. Me escribió, y de aquí se originaron mis infortunios, ó por decir mejor, mis criminales extravíos, porque no tuve la fuerza de desechár esta fatal carta, que acabó de vencer mi ya debilitada virtud. Desde entónces perdí de vista la honradez, el ejemplo de mi familia, la religión, la religion tan necesaria para auxiliar nuestra flaqueza, y me olvidé de mí misma hasta el esceso de citar al pérfido Mevil. En la conferencia que tuvimos, fué donde desplegó el infame todos los artificios de su espíritu seductor y malvado; echóse á mis piés, los inundó de lágrimas, me juró que se casaria conmigo, añadiendo, que era necesario que le siguiera á Lóndres, donde verificaríamos nuestro casamiento. Alucinó mi imaginacion con la perspectiva mas brillante, prometiéndome placeres, fortuna y grandeza. En fin, me pidió que no descubriera su proyecto á mis padres, y que le prometiese que me apartaria de ellos sin participarles nuestra partida. Yo amaba, no hay duda, y todas las máximas de virtud se habían sofocado ya en mi pecho: pero conservaban su fuerza los sentimientos de la naturaleza, á la que no podia faltar tan enteramente, que me determinase á

abandonar á mis padres, sin manifestarles por lo menos el motivo de mi separacion. Conociendo Mevil, que su propuesta me repugnaba, y que el amor estaba cerca de ceder, sacó furiosamente su espada, aparentando que iba á darse la muerte. Temí que lo efectuase, y le contuve. Sobrepujó en fin mi culpable ternura, y le prometí cuanto me habia pedido.

¡Qué combate de afectos; qué zozobra experimenté la víspera de esta fatal partida! Nunca mi respetable familia me habia causado mayor enternecimiento; y me parecía que nunca me habia amado mas. Procuraba reprimir un torrente de lágrimas que intentaban salir de mis ojos, y mi corazon estaba sumergido en una mortal tristeza. ¡Qué ingratitud! ¡Desamparar á unos padres tan benéficos y tan dignos de ser amados! ¡Negarse á la dulce satisfaccion de consolarlos, de sostenerlos en sus últimos dias! ¡Abandonarlos en su vejez á los horrores de la pobreza! ¡Engañarlos! ¡Ofenderlos! ¡Clavar un puñal en aquel seno que tan afectuosamente me recibia! ¡Ay de mí! ¿Cómo podria resolverme á cometer tantas maldades?—¡Mi querida Clary! (me dice mi padre con las lágrimas á los ojos) ¿Conoces tú bien cuán necesaria eres para nuestra felicidad? Solo por tí cultivo estos campos, que riego con mis últimos sudores. ¡Hija mía! ya mis piés tocan en la orilla del sepulcro; muy pronto me cerrarás los ojos.

A estas palabras mi madre me estrecha contra su seno, tendiendo la mano á mi buen padre, y llorando igualmente. ¡Oh amados padres míos! (esclamé entonces arrojándome en sus brazos) sabed....

Entró en esto Milord, el pèrfido Milord, y como me viése dispuesta á descubrirlo todo, lanzó sobre mí una mirada que me cortó las palabras. Estuve balanceando entre la naturaleza y el amor: una agitacion terrible se apoderó de todo mi cuerpo, y perdí el uso de los sentidos. Lleváronme al instante á mi cama, y la mañana del dia siguiente me hallé con Milord en una silla de posta á veinte millas del condado de Devonshire. Supe en seguida, que Mevil habia dispuesto, que sus criados entrasen por la noche en mi cuarto, y que éstos me ha-

bian llevado desmayada al coche de su amo. ¡Qué momento aquel en que volví en mí acuerdo! ¡Ay de mí! ya no me era posible retornar al seno paterno. La virtud habia huido para siempre de mis ojos, y yo solo veia mi pasion, y á mi seductor, que se ofrecia á mi imaginacion bajo un aspecto engañoso. Llegamos á Lóndres, donde me limité á llorar á mis padres, á amar su memoria, y me entregué finalmente á la seduccion de Mevil, confiando en la promesa de un casamiento, que éste iba dilatando de dia en dia.

Colmábame la fortuna de sus favores, y parecia que los placeres y las ilusiones más allagüeñas y lisonjeras se disputaban á porfia el mérito de entretenerme. Me hallaba rodeada de una muchedumbre de adoradores, que alimentaban en mí aquella especie de embeleso en que Milord procuraba mantenerme; pero cuando apartaba los ojos de este prestigio, cuando llegaba á penetrar con la vista mi corazon. ¡Qué terrible espectáculo se me ofrecia! Oia en él los gemidos de la naturaleza ofendida; veia en este corazon despedazado la imágen de mis desventurados padres, que lloraban la pérdida de una hija arrancada de sus mismos brazos, y deshonorada; que con todo el dolor y enternecimiento paterno me pedian cuenta á mí de mí misma; los veia á estos queridos padres que moribundos me tendian las manos desde su lecho rodeado de la muerte. ¡Qué terrible situacion! ¡Y qué poco puede indemnizarnos la fortuna de la tranquilidad que la inocencia proporciona! Algunas veces meditaba arrojarme á los piés de mi familia, abrazarla, y morir; pero el bullicio de un mundo corrompido sofocaba estos felices impulsos, y aturdía (digámoslo así) mi mismo dolor.

Un dia Mevil con una numerosa cuadrilla de sus amigos me condujo al teatro, donde habia un concurso lucido, mediante que se representaba una pieza nueva, cuyo título no tengo presente. En una de las escenas del drama salia un anciano con largas canas, y una azada en la mano: parecia el retrato mismo de la pobreza respetable, y dirigiendo sus palabras á una jóven pomposamente vestida y adornada de diamantes, la decia: *¡Ah hija mia! Te veo llena de riquezas ¿mas dónde estan tus*

virtudes?—¡Ah padre mío! exclamé al oír esto, y caí desmayada.

He sabido despues que esta exclamacion distrajo á todo el concurso. Abrí los ojos al cabo de algun tiempo; y me hallé en la habitacion de Milord, rodeada de algunos de sus amigos, que procuraban hacerme volver de mi desmayo. Me incorporé de repente, huí de sus brazos, y fui á arrojar me desmelenada y casi moribunda á los piés de Mevil, diciendo: Acabo de oír mi sentencia en el teatro, y los recuerdos de mi obligacion. Tened lástima de una desventurada, cuyos primeros pasos vos mismo habeis estraviado: en pago de mi ternura solo os pido, que repareis mi honor. ¡Ah! contribuid á que pueda ver á mis padres, presentarme sin ignominia delante de ellos, y gloriarme todavía de su pobreza; á que pueda ir á ocultarme y espirar llevando el nombre de esposa vuestra en su miserable cabaña, en aquella cabaña donde encontraré mi cuna, que me vió virtuosa é inocente.... ¡Ah Mevil! no imploro de vuestra humanidad ni vuestra clase, ni vuestros bienes, solo, os lo repito, solo el nombre de esposa vuestra es lo que os pido: no teneis motivo, añadí abrazando sus rodillas, de avergonzaros por culpa mia: concededme que con este nombre tenga el consuelo de llorar un dia, un dia solo en el seno de mi padre y de mi madre, y sepultadme luego en cualquiera solitaria morada; encerradme en un oscuro calabozo: despedazadme el pecho, dadme la muerte, yo siempre os bendeciré. Acordáos, Milord, que lo que me ha sucedido; que lo que ha causado mi perdicion, ha sido la promesa que me hicisteis de que sería vuestra consorte. ¿Quereis abusar de la debilidad de una infeliz, que no tiene en la tierra mas protector que vos?

Retiráronse los amigos de Mevil, sin poder contener las lágrimas, y no quedaron con nosotros sino sus criados. Manifestóse entonces toda la maldad de este mónstruo, que con los ojos encendidos de furor me habló de esta manera:

—¿Qué atrevimiento es este? ¿acaso habeis sacado del teatro estas tan raras y extravagantes ideas? A fé que no me esperaba una declaracion de esta clase: ¿Habeis podido figuraros

por ventura, que Clary llegaría nunca á ser Lady Mevil?

Quería proseguir, cuando levantándome con precipitacion, corrí á echar mano á un puñal, que se hallaba sobre una mesa:

—Este, dije, acabará todos mis males.

Acude Mevil, y me arranca el puñal de las manos: caigo entonces sobre una silla arrebatada del dolor más profundo.

—No, inhumano, proseguí con los ojos arrasados de lágrimas, no me podrás estorbar que me prive de una vida, que me obligas á aborrecer. Tú, mónstruo infame, me quitastes el honor, este bien mil veces más apreciable, que la existencia: y ahora te opones á mi muerte, el término de mi deshonra y de mis tormentos. ¡Cruel!.... Vuélveme á conducir á aquellos lugares que fueron testigos de mi inocencia, de aquella inocencia que era toda mi riqueza; llévame otra vez al seno de mis desventurados padres, á quienes ¡ay de mí! he deshonrado: deja que reciban mis últimos suspiros: que espire en su seno: ellos por lo ménos me perdonarán.... Ellos tendrán lástima de mi suerte..... Solo á tí te acusarán, solo á tí que me has engañado.... ¡Ah Milord! ¿He merecido yo acaso este castigo? ¿ó aunque sea delincuente, sereis vos quien ha de castigarme?

Se me acerca Mevil tendiéndome la mano.

—¡Hombre vil! (prosigo) no son bastantes vuestros delitos, sin que los aumenteis con una traicion? Sed mi verdugo; pasadme este corazon que habeis corrompido..... ¿Y qué? ¿Será tal vuestra barbárie, que llegue hasta el exceso de negarme la muerte? Solo el sepulcro es mi asilo. ¿Es posible que el cielo no se mueva á compasion de una desventurada que no tiene más amparo que el suyo?

(Se continuará.)

LA REVISTA DE MÁLAGA

Verá la luz pública los dias quince y último de cada mes en cuadernos de 40 á 48 páginas.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

MÁLAGA.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR Y ESTRANGERO.
Un mes..... 8 rs.	Un mes..... 9 rs.	Un mes..... 12 rs.
Tres meses..... 22	Tres meses..... 24	Tres mese..... 35
Un año..... 80	Un año..... 85	Un año..... 120

AGUARDIENTES DE OJEN, DE JULIO DEL PINO Y GOMEZ.

CALLE DE ALVAREZ NÚM. 2.

Además hay un gran surtido de licores españoles y extranjeros.

AGUA DE ESTEVES.

Esta composicion vegetal, impide la caída del cabello, afirma sus raices, limpia completamente la caspa, y hace desaparecer al momento los dolores de cabeza.

DEPÓSITO.—Calle de Sta. Lucia. Tienda de modas. (Antigua casa de Campo-florido.)

ALMONEDA.

Se hace almoneda de los muebles de una casa.
Comedias, 10, principal.